

El campo político-cultural argentino en el marco de la industria editorial nacional

Alejandra Jimena Ravettino¹

Resumen

Se propone indagar los inicios de la industria editorial en los siglos XIX y XX en virtud de la importación del modelo cultural europeo, que -precisando de material concreto de difusión de ideas- encuentra en el folletín y el libro el canal de propagación que mejor se adecua a los fines pedagógicos de los intelectuales románticos. Los cambios socioeconómicos que trae la modernidad, cristalizados en la expansión del público lector y, con ello, el surgimiento de cierta literatura de masas a partir del siglo XVIII constituyen los disparadores de la mercantilización de la obra literaria y la independencia del escritor de la protección noble. El vínculo ambiguo del escritor con su público ha dejado rastros perceptibles en los escritores liberal-románticos y modernistas. Así pues, se ofrece una breve referencia a la relación intelectual-masa focalizando en la generación del 37 y en sus continuadores, los escritores modernistas. Luego, cómo la popularidad de Martín Fierro desconcierta al círculo intelectual de Buenos Aires que debe pensar a la masa como público concreto y no solo retórico, en tanto esta se incorporaba al consumo de bienes culturales.

Palabras clave: intelectuales, política, cultura, industria editorial, nación.

Abstract

The article aims to investigate the beginnings of the publishing industry in the nineteenth and twentieth centuries under the importation of European cultural model, which requires specific material dissemination of ideas in the serial and the book spreading the channel that best suits the educational purposes of romantic intellectuals. Socioeconomic changes that modernity brings crystallized in the expansion of readership, and thus the emergence of a certain mass literature from the eighteenth century, are the triggers of the commodification of the literary work and the independence of the writer noble protection. The writer's ambiguous relationship with

¹ Socióloga por UCES con orientación en Investigación de Mercados. En 2008 obtuvo una beca doctoral tipo I FONCyT financiada por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. Actualmente, cursa el Ciclo Principal del Doctorado en Ciencias Sociales en la UBA. aravettino@gmail.com

its audience has left visible traces in the liberal-romantic writers and modernist. Thus, a brief reference to the intellectual-mass relationship focusing on the generation of his followers 37 and modernist writers. Then, how the popularity of *Martin Fierro* baffles the intellectual circle of Buenos Aires to think about the mass and specific audience and not just rhetorical, it was incorporated as the consumption of cultural goods.

Keywords: intellectual, politics, culture, publishing industry, nation.

Resumo

Propõe-se a investigar as origens da indústria editorial nos séculos XIX e XX com a importação do modelo cultural europeu, que exigem a divulgação de material específico de idéias na série e no livro espalhando o canal que melhor se adapte às os propósitos educacionais de intelectuais românticos. Mudanças sócio-econômicas que a modernidade traz, cristalizada na expansão do público leitor e, portanto, o surgimento de uma literatura de massas determinadas a partir do século XVIII, são os gatilhos da mercantilização da obra literária e da independência do escritor proteção nobre. Ambígua relação do escritor com seu público têm deixado marcas visíveis nos escritores liberal-romântico e modernista. Assim, uma breve referência à relação intelectuais-massa foco na geração de seus seguidores 37 e escritores modernistas. Então, como a popularidade do *Martin Fierro* defletores do círculo intelectual de Buenos Aires para pensar sobre a massa e público específico e não apenas retórica, ela foi incorporada como o consumo de bens culturais.

Palavras-chave: intelectuais, política, cultura, publicação nacional.

Introducción

Las industrias culturales han desempeñado un rol elemental en la historia de la consolidación de la identidad nacional de los países latinoamericanos. Inicialmente, la industria editorial de publicaciones periódicas en el siglo XIX, y la del libro en las primeras décadas del siglo XX. Nótese el aporte de los millones de ejemplares de los Clásicos de la Literatura Universal publicados por José Vasconcelos, director de la Secretaría de Educación Pública mexicana (1920), que así como proporcionaron un incremento en la producción y el empleo editorial, contribuyeron a la formación de los nuevos ciudadanos incorporados a la sociedad posrevolucionaria. Asimismo, el auge de la radio y la música popular hacia 1930, el cine en las décadas de 1940 y 1950, y luego la televisión a partir de 1960, han efectuado el doble beneficio de dinamizar las economías de la región creando empleo y de forjar el imaginario cultural de las naciones (Yúdice, 2002).

Así pues, el primer tramo del trabajo se centra en el desempeño de los intelectuales y su vínculo con la política en sentido programático y con una masa lectora que se expandía y desconcertaba al mismo tiempo. Vislumbrado el potencial del mercado del libro y en época de apogeo de la industria editorial, surge la controversia respecto del sitio que el escritor intelectual debía ocupar y el grado de compromiso respecto de la *res pública*.

En este sentido, las posturas “intelectual torre de marfil” e “intelectual comprometido” son abordadas desde sus defensores y detractores. En este apartado se señala cómo los campos restringido y masivo (Bourdieu, 1995) se cristalizan en las figuras de Lugones y Gálvez a partir de la consagración del escritor, el reconocimiento en términos de ejemplares vendidos y la aceptación del público y pares.

Cabe mencionar que los escritores-intelectuales que se toma como referentes son considerados hacedores de la cultura, por haber asumido el rol de conformadores de esta, y porque en ciertos casos desempeñaron una función política o cívica. Pensaron el país y escribieron notables páginas del repertorio local. Se entiende que en el pasado está contenido el presente y en sus escritos, las raíces e influencias para la literatura actual. Son marcas culturales que indican el ser nacional, la identidad. Esto, remite a reflexionar respecto del vínculo cultura-política que no solo en Argentina sino en la región latinoamericana ha prevalecido. Si bien los términos política y cultura difieren en sentido, históricamente en Latinoamérica, ha sido característico pensar la cultura en relación con la política y a esta en relación con la primera (Wortman, 2002). Ante esto, el último apartado del texto propone argumentar respecto del vínculo cultura-política focalizando en el rol de las letras y la imposibilidad de la autonomía de ambos campos en la propia tradición cultural.

Respecto de la metodología empleada para el presente, es dable señalar que este se encuadra en el tipo de monografía argumentativa cuyo objeto es evidenciar la lectura de la bibliografía consultada articulando teorías, conceptos y autores. Trabajo de elaboración, confrontación y comparación de las lecturas mediante un desarrollo argumentativo y una secuencia cronológica de los sucesos al interior del campo cultural-político argentino durante el siglo XIX y XX.

1. La sobredeterminación de la cultura respecto de la política y el rol de la literatura

1.1. El vínculo cultura-política

Reflexionar respecto del campo cultural y la producción de bienes culturales en Argentina ha sido una cuestión atravesada por conflictos de corte ideológico-político desde fines del siglo XIX y durante todo el siglo XX. Los inicios de la industria editorial -pensada en términos de producción de bienes culturales- responden a un proyecto de país, y de allí la pertinencia de aceptar el binomio política-cultura como propio.

Escritores, intelectuales y artistas, y más recientemente una fracción de los científicos sociales preocupados por la cultura, piensan su objeto desde la política. Dada su corta historia, la política argentina siempre necesitó de la cultura para establecer sentidos y horizontes, así como también la cultura se apoyó en la política para establecer límites, linajes, definir actores (Svampa, 1994). Se puede observar en los intelectuales que se nombran a lo largo de este trabajo, la relación entre cultura y política, como una marca en el pensamiento argentino y quizás latinoamericano, aunque ambos términos difieran en sentido.

En sociedades modernas hacer política alude a la participación ciudadana en partidos políticos que expresan valores e intereses de distintos sectores sociales, así como

a sus formas representativas². En la Argentina la dimensión política de la sociedad no estuvo totalmente contenida en un sistema de partidos hasta 1984, y por su parte, la izquierda casi siempre fue censurada para accionar políticamente dentro de los cánones de un sistema político democrático. Aunque, durante largos períodos lo hizo en la clandestinidad, ha existido un fuerte arraigo de la izquierda en la cultura a través de cierto activismo político cultural, en el teatro y la literatura, en la industria editorial, la plástica y la pintura (Wortman, 2002). La sobredeterminación extrema de la cultura por la política llegó a su punto máximo en los 70, cuando ya ninguna esfera de la vida social era autónoma de un discurso político revolucionario, imponiendo su lógica sobre las prácticas culturales (Wortman, 2001).

Del mismo modo, cabe destacar que diversas razones incidieron en la dificultad histórica de formar un campo cultural autónomo en sentido moderno. Las relaciones económicas y políticas de las sociedades latinoamericanas no han permitido la formación de un amplio mercado cultural de elite como en Europa, ni similar especialización de producción intelectual o instituciones artísticas y literarias con suficiente autonomía respecto de otras instancias de poder. Además de la subordinación a instancias económicas y políticas de la propia sociedad, el campo cultural sufre en estas naciones la dependencia de las metrópolis, siendo una de sus consecuencias el debilitamiento de sus propias instituciones (Sigal, 1991; Sarlo y Altamirano, 1983; Wortman, 2001).

Por otra parte, en el análisis de la cultura argentina propuesto por Svampa (1994) se alude a la existencia de ideologías y visiones de la historia contrapuestas y presentes en el campo cultural, a partir de la potencialidad de la matriz sarmientina “civilización o barbarie” para interpretar las formas dicotómicas de lo político cultural. Esta imagen “dividida” de lo cultural se ha ido extendiendo en una expresión enfrentada -con connotaciones ideológico-políticas entre cultura popular y cultura culta o cultura de elite.

1.2. El proyecto político: la literatura y el rol del intelectual

Hemos procurado tener una literatura agradable. Hemos escrito en consecuencia, sobre temas y personajes que cabían holgadamente en el marco de aquellas intenciones. Fuera de la historia ortodoxa y de la novela ejemplar quedaban algunos materiales sumamente interesantes, humanos, vivos. Hemos acostumbrado a los lectores a la visión de un mundo, a la familiaridad de un drama, a la conciencia de una realidad depurada, aderezados conforme a cierto criterio de lo noble, decente, heroico. Nadie se propuso elegir, seleccionar. Resultaba la elección y selección de una práctica y acaso de un prejuicio acerca de lo agradable y lo verdadero (Martínez Estrada, 1967: 203).

En el segundo apartado de este trabajo, al tratar la democratización de la cultura y el acceso de los sectores medios al arte y el impacto que MF generó en ellos y los

² Esta concepción responde a la raíz weberiana que entiende a la política como el mundo de los valores, de los fines e intereses, de las voluntades. Pero más aún, es el ámbito de la fuerza, del poder, de la coacción y violencia física.

sectores conservadores, se indicó cómo para Martínez Estrada la buena literatura debería ser copia fiel de aquello que la vida dicta. Y en este sentido, el gran poema de Hernández es un caso excepcional. Martínez Estrada cita a Tolstoi para quien la literatura alcanza trascendencia universal cuando logra reflejar la vida y el medio ambiente de un pueblo, de un país. La literatura auténtica es necesariamente independiente de la política, y al caracterizar el par literatura-nación y como síntesis del libro:

El dogma del nacionalismo en nuestra literatura es concordante con el que inspira la historia, el ensayo y la oratoria, y a mi juicio débese a que en nuestro modo de concebir la realidad argentina tomamos como válidos los cánones usuales en las arengas políticas y en los sueltos periodísticos, en los que las nociones de Nación y Estado suplanta lisa y llanamente a las de Territorio y Pueblo. En consecuencia, no tenemos una literatura de la tierra y su habitante cuanto del ciudadano y su provincia (Martínez Estrada, 1967: 202).

Advierte cierta falta de Territorio y Pueblo en la literatura argentina, y esto por no haber registrado el testimonio genuino del indio, negro e inmigrante. Se tiene, sí una literatura nacional pero basadas en el Estado y la nación, y, por lo tanto, no auténtica y veraz sino dependiente del proyecto de país. Martínez Estrada advierte la dependencia de la esfera cultural respecto de la política cuando denuncia que la primera siempre ha estado supeditada a un ideal de nación, a cierto proyecto político. En este sentido, Sarmiento ha contribuido a que mediante su dialéctica de “civilización y barbarie”, se los conozca desfigurados al indio y mestizo, personajes centrales en la historia y literatura verista, no pudiendo lograrse plena conciencia de la nacionalidad, aquello que debiera reflejar las letras y el arte. Ahora bien, la literatura que retrate exactamente a las minorías, ¿por qué no puede ser considerada también política?

En “Cepa de la literatura rioplatense” refiere la carencia de literatura histórica y verista, pues esta requiere de un escritor que venza su naturaleza de fingir, disimular y desfigurar.

¿Por qué hemos tenido aprensión a la verdad histórica y a la verdad literaria?
¿Por qué nos es tan fácil la literatura de evasión y de arabesco y tan difícil la verista? Aunque el escritor personalmente sienta en su conciencia la necesidad y hasta el deber de ser veraz, aquellas fuerzas latentes que en él mismo existen, lo desvían a cierta altura de su investigación o de su meditación, para desfigurar su razonamiento y su propósito convirtiéndose en observador desdeñoso (Martínez Estrada, 1967: 45).

Destaca que en época del Virreinato del Río de la Plata ha sido vedada la incorporación de obras imaginarias o de ilustración europeas, no solo por falta de suministro sino por coartar a la región de toda comunicación con otras partes del mundo. Esto, según Martínez Estrada ha promulgado cierto empobrecimiento en materia de folclore literario, y tilda de nefasta la influencia de las formas literarias españolas. Allí, en los orígenes literarios, yace la separación de las letras y la vida; pues, la temática ha ingresado en el

idioma y el habitante se ha comportado como un receptor pasivo que no ha creado sino solo aprendido. Son, en este sentido, los contenidos psicológicos unidos al idioma y las formas de expresarlos, lo verdaderamente importante en una cultura propia.

Asimismo, sostiene que tanto la argentina como la uruguay son las literaturas iberoamericanas menos auténticas por carecer de un elemento medular: el personaje indígena. Las letras lo presentan desfigurado. Escritores e historiadores han reprimido la verdad desagradable del antepasado -nativo y el criollo- y se han comportado indiferentes ante el indio de la Colonia y del Desierto constituyendo un verdadero tabú. La censura reside, de acuerdo con Martínez Estrada, en que la literatura ha sido menester de gobernantes y que los partidos políticos han sido representativos de la alta burguesía, el ejército y la *intelligentsia*. El pueblo argentino -afirma- solo es representado en las Cámaras, las mismas que “engendraron los ideales superestructurales”; y agrega: si no se encuentra una relación entre nuestra literatura y ese espíritu de ocultamiento y transfiguración -su síntoma es el temor- entonces se carece del más elemental sentido de lo étnico y de lo histórico. Y se prueba el mal gusto estético, porque toda actitud innoble es fea. Marca una fecha -1602- época de Centenera como momento histórico donde lo realista de las letras locales comienza a recibir cierta decoración patricia,

... la negación de todo valor humano, en primer término del pueblo, al que se expulsa a los corrales y mataderos (...) la rehabilitación de ese mundo será intentada en dos fueros: dentro de la falacia por los poetas patrióticos, y dentro de la verdad por los Viajeros Ingleses y los poetas gauchescos. (...) La única tentativa sería y conciente, la del Salón Literario de Marcos Sastre, de 1837, se frustró porque el destierro hizo que los promotores se sublimaran en Templarios de una cruzada que el advenimiento de Rosas demostró que estaba basada en la arena (Martínez Estrada, 1967: 47).

Martínez Estrada no halla vínculo alguno entre la literatura nacional y la realidad social. Caracterizando al escritor nacional, sentencia:

El escritor argentino rehuye compromisos y obligaciones de gens aunque los acate de partido y de estamento. Perteneciente a la clase media, refleja una vida burocrática que da espaldas al pueblo que no forma parte de la población de su parroquia. Cualquier escritor de raza advierte que es un desarraigado. Pero todavía aprovecha como las familias venidas a menos, del apellido y del remanente de los antepasados. El renombre de nuestras letras en los países hispanoamericanos que han superado hace tiempo el nivel de nuestra narrativa, gira todavía bajo el crédito de Echeverría, Sarmiento, Alberdi y Mitre. Nuestra producción literaria se ha juzgado con cierto criterio estético harto indulgente por los críticos americanos, como si se tratara de la dote de la hermana mayor, y por los españoles con su natural incomprensión típica en el historiador de la heterodoxia. Pero las letras no son canjeables como los obsequios entre amigos, que se toman por la mano, que los da y no por ellos (Martínez Estrada, 1967: 14-15).

Martínez Estrada sostiene que “malos poetas y peores prosistas” por comportarse dignamente como ciudadanos o tener incumbencia política son criticados con cierta indulgencia. Así, Echeverría, Sarmiento, Alberdi y Mitre han sido juzgados por su aporte a la civilización más que por sus méritos como escritores. Nótese nuevamente la primacía de la política por sobre la cultura:

Un político en ascenso no solo llega a dictar leyes sino a imponérselas a la gramática. En grandes números, el escritor que pertenece a la clase media y pequeña burguesía, confunde sus intereses de gremio con sus intereses de clase, y hasta después de jubilado sigue haciendo genuflexiones como ejercicios de cuadro. (...) Se diría que el escritor argentino quiere presentar a su pueblo en una exposición universal de productos elaborados para la exportación (Martínez Estrada, 1967: 16).

Sostiene que desde 1880 existe cierta censura implícita “de no escribir sobre el país sino para enaltecer su capacidad extraordinaria de producir trigo y ganado...” (Martínez Estrada, 1967: 17).

Esa literatura ya destacaba en la Revolución y en la Reorganización, aunque aclara que no en el exilio contra Rosas -como si rescatara al escritor exiliado-. Se trata a su juicio, de una literatura no auténtica, porque oculta y disimula a partir de un proyecto de país y de la imagen que quiere dar, ocultando los atropellos contra el débil y disimulando los abusos de poder.

En “Mensaje a los escritores” trata el controvertido binomio: política y literatura. Plantea que su demanda al escritor de ningún modo es de índole académica sino más bien respecto de la función social de las letras y su misión de escritor. Se ha considerado desde 1837 -el Salón Literario- que la literatura debía aplicarse a los asuntos de la vida del pueblo, pero destaca que el interés estrictamente profesional ha derivado en la política militante. Para que la literatura no se malogre en el ejercicio de las formas debería trascender de las elites a la masa, y en la medida en que el escritor se aleje del pueblo corre riesgo de perder vigor y perdurabilidad. Abonando su tesis sobre el escritor burócrata indica que luego de la época de los pedagogos, y los años que van desde 1868 al 1880, el Estado adquiere un poderío desproporcionado y de forma simultánea comienza “la misión del escritor a transformarse en servicio burocrático del Estado y no del país, en ornamento de su cultura y no en alimento espiritual de su pueblo” (Martínez Estrada, 1967: 183).

Martínez Estrada aboga por un escritor independiente, no inmiscuido en asuntos políticos: “¿Es que yo quiero que el escritor sea presidente? No; lo que quiero es que el presidente no sea escritor. Cada cual en lo suyo; sin promiscuidad” (Martínez Estrada, 1967: 184).

Reflexionando sobre intelectuales y su rol en la sociedad resulta imposible evitar al intelectual orgánico de Gramsci. Cuando este señala a los intelectuales tradicionales

se refiere a aquellos instalados en la Torre de Marfil, dedicados a la producción de conocimiento objetivo y universal, situados -aparentemente- al margen de los conflictos sociales pero que, en realidad, sirven los intereses de los grupos dominantes. Ante esta visión de los intelectuales, Gramsci propone la existencia del intelectual “orgánico”, definido como aquel que forma parte de un grupo social específico, y que organiza y da cohesión a las visiones del mundo que caracterizan a dicho grupo, proporcionándole un proyecto político competitivo con el que será capaz de tomar el poder y alcanzar la hegemonía sobre el conjunto de la sociedad (Gramsci, 2001).

Si Martínez Estrada sitúa a los intelectuales en los márgenes del conflicto político, Gramsci los ubica en el centro de la lucha y en posición de liderazgo. Es más, las diferencias entre el intelectual y el político son reducidas en tanto los intelectuales se formarían en el seno de los partidos políticos con funciones que, en la práctica, no difieren de las del político. En su caso, la objetividad del conocimiento, defendida con tanto ahínco por los guardianes de la pureza del conocimiento, no depende del aislamiento social sino que es el resultado de su participación en un proyecto político colectivo y en su labor de servicio al partido y al grupo social que este representa. Y, si bien al prestar servicio al Estado puede que el escritor adquiera destreza técnica y mejore su oficio, pierde capacidad de forjar literatura del y para el pueblo.

Reflexiones finales

A lo largo del trabajo se expuso cómo la historia del público describe la progresiva escisión de esta unidad personalizada y estrecha hasta la relación anónima y abstracta que caracteriza al público moderno. La existencia de élites culturales constituye el prerrequisito de un auditorio o conjunto de lectores interesados en la literatura. Se mencionó cómo la Inglaterra de Isabel I fue espacio de un profundo impulso que se revelaría decisivo para el destino de las modernas relaciones entre autor y lector, mediante la compra y venta de entradas de teatro (Sarlo, 1990). En este sentido, se estableció que la conformación del lector repercutió en las formas de producir literatura mercantilizando la obra de arte y en el surgimiento de una nueva clientela que pronto instala un vínculo conflictivo con el escritor por ser considerada “masa inculta”.

Reflexionando sobre Argentina, un posible origen y la conformación del campo cultural, se mencionó como particularidad la vinculación entre cultura y política, y en este sentido, el rol que los intelectuales han desempeñado como hacedores de cultura a partir de un proyecto de Nación concreto. Así, la generación romántica, si durante la etapa de marginalidad y elaboración programática se ha distinguido como vanguardia excepcional, luego de 1852 se siente triunfante por causa de esa excepcionalidad transformándose en los únicos escritores vanguardistas argentinos que llegan a jefes políticos antes que la división del trabajo y las especializaciones inherentes profundicen la ruptura entre esos dos términos. De hecho, constituyen la única generación vanguardia del país que impone sus pautas como realización coyuntural y modelo de continuidad (Viñas, 1971). Dicho modelo cultural trasciende a las generaciones futuras, y es el antimercantilismo poético de los modernistas, el que refleja la sacralización del arte heredada. Su sentido aristócrata del arte y el sentimiento de superioridad estética que

lo separa de las masas y lo repliega en virtud de la gloria póstuma. Incomprendidos, escriben desde la Torre de Marfil. Despolitizados, son sin reconocerlo, burócratas del Estado.

En el proceder de los escritores liberales, románticos o modernistas, se percibe aquello que el trabajo ha sostenido en todo momento: la relación estrecha entre la cultura y la política. Comprometidos con un proyecto de Nación, o aparentemente despolitizados; en la Torre de Marfil o tendiendo puentes con el pueblo.

A través del recorte de declaraciones de Lugones, se ha exhibido el hiato entre el arte/lo bello y la plebe, y su negativa respecto de la democratización cultural recelando de su círculo aristocrático-intelectual. La Belleza es también un culto; pero caballeresco, y por eso ajeno a la plebe, al bárbaro sensualismo de la igualdad, “porque en su verdadera heroica significación, la nobleza es un estado de sacrificio” (Lugones, 1928).

Asimismo se ha expuesto que la conformación de un mercado editorial se vislumbraba hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX, cuando los sectores medios se vuelcan hacia el consumo de bienes culturales-simbólicos con sentido aspiracional. Y es en esta época, cuando la industria editorial toma impulso, a través de los magazines y el folletín, y posteriormente el libro, cuya masificación es sincrónica a la popularidad de la obra de Hernández. Respecto del *Martín Fierro*, se señaló que dicha pieza es representativa de la literatura que defiende Martínez Estrada: “el que no ve la realidad es porque no puede ver el Poema” (Martínez Estrada, 2005: 381). El poema cristaliza el binomio literatura y vida; es arte en sentido auténtico, literatura veraz. La perdurabilidad y trascendencia del poema, dada la identificación y apropiación que la masa hizo de este, permitió que se la considerara “poema nacional”, aunque los sectores más conservadores resistieran aceptarlo. En todo caso, se sugirió que la obra significa para los orígenes culturales argentinos, lo que las novelas episódicas de Dickens para Europa; la inclusión de los sectores populares al arte mediada por prácticas sociales concretas enmarcadas en la creciente alfabetización popular.

En época de apogeo editorial, dado el impulso que los cambios sociodemográficos y las corrientes inmigratorias le propiciaron a la industria, a través de una selección de fragmentos de Manuel Gálvez se adentró en el campo cultural de Buenos Aires de principios de siglo XX. En este punto se ha considerado al mundo artístico-intelectual como campo cultural en tensión en el que se disputa cierto capital simbólico, medido en términos de prestigio, reconocimiento y consagración; y en este sentido, citar a Gálvez y sus experiencias resulta esclarecedor. Se ha observado cómo, los escritores intelectuales desarrollan diferentes estrategias simbólicas, acercándose a la producción y difusión del conocimiento de maneras disímiles, procurando apoyos institucionales y promoviendo alianzas colectivas. Al mismo tiempo, la relación de los productores culturales con las esferas económica y política, su grado de autonomía o heteronomía respecto a ellas, afecta también las características internas de su trabajo, el contenido y la intención de sus obras.

Hacia el final del trabajo, se ha hecho referencia al binomio política-cultura entendiéndolas como esferas, que si bien difieren en sentidos, tradicionalmente en el país -y la región- han compartido un mismo campo, percibiéndose la sobredeterminación cultural por la política. Los fragmentos citados de Martínez Estrada advierten la primacía de la política respecto de la cultura, y su denuncia respecto de la dependencia literaria es contundente. La literatura nacional al dejar afuera el relato de las minorías, deviene en letras de Estado y Nación, no de Pueblo y Territorio.

Bibliografía

Astrada, Carlos (1952). *El aporte del romanticismo al proceso cultural del país. Esteban Echeverría y los principios programáticos para una cultura nacional*, Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación, Dirección General de Cultura.

Borges, Jorge Luis (1960). *El hacedor*, Madrid, Alianza Editorial.

Borges, Jorge Luis y Guerrero, Margarita (1979). *El Martín Fierro*, Madrid, Alianza Editorial.

Bourdieu, Pierre (2006). *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto* (1979). Madrid, Taurus.

Bourdieu, Pierre (1995). *Las reglas del arte: génesis y estructura del campo literario*. Barcelona, Anagrama.

Bourdieu, Pierre (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona, Anagrama.

Gálvez, Manuel [1961, 1962, 1965]. *Recuerdos de la vida literaria*, Buenos Aires, Hachette, Colección “El pasado argentino”.

Gramsci, Antonio (2001). *Cuadernos de la cárcel. Edición crítica completa a cargo de Valentino Gerratana*. México, Ediciones ERA-Universidad Autónoma de Puebla.

Gutiérrez, Leandro y Romero, Luis (1995). *Sectores populares, cultura y política*, Buenos Aires, Sudamericana.

López, María Pía (2007). *Lugones, entre la aventura y la Cruzada*, Buenos Aires, Colihue, Colección “Puñaladas”.

Lugones, Leopoldo (1916). *El Payador*, Buenos Aires, Centurión.

Lugones, Leopoldo. “De la antiestética”, Diario *La Nación*, 26 de diciembre de 1926.

Lugones, Leopoldo. “Estética nihilista. Carta abierta a Julio Noé”, Diario *La Nación*, domingo 18 de marzo de 1928.

Lugones, Leopoldo. “La paradoja estética”, Diario *La Nación*, domingo 16 de diciembre de 1928.

Lugones, Leopoldo. “La anarquía estética”, *La Nación Magazine*, 10 (1929): 1-3.

Marechal, Leopoldo. Retruque a Leopoldo Lugones. *Martín Fierro*, 26(1925): 188.

Lugones, Leopoldo (1995). “La torre de marfil asediada”. En *Cuaderno de Navegación*, Buenos Aires, Emecé.

Martínez Estrada, Ezequiel (2005). *Muerte y transfiguración de Martín Fierro: ensayo de interpretación de la vida argentina*, Ensayos críticos, 25, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 4ª ed.

Martínez Estrada, Ezequiel (2001). *Sarmiento*, Rosario, Beatriz Biturbo Editora.

Martínez Estrada, Ezequiel (1967). *Para una revisión de las letras argentinas* (Prolegómenos), Buenos Aires, Losada.

Pecourt, Juan. “El intelectual y el campo cultural. Una variación sobre Bourdieu”, *Revista Internacional de Sociología* (RIS), Vol. LXV, 47 (2007): 23-43 ISSN: 0034-9712.

Rubén Darío. “Un poeta socialista: Leopoldo Lugones”, *Nosotros*, 26- 28 (1938): 122-131.

Rubén Darío. El rey burgués [en línea]. <http://www.bibliotecasvirtuales.com/biblioteca/LiteraturaLatinoamericana/Dario/prosa/reyburgues.asp> [Consulta: 18 febrero 2009].

Sarlo, Beatriz (1983). “La perseverancia de un debate”, *Punto de Vista*, Vol. VI, 18.

Sarlo, Beatriz (2007). *Escritos sobre literatura argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Sarlo, Beatriz. Público [en línea]. <http://www.literatura.org/Sarlo/publico.html> [Consulta: 20 febrero 2009].

Sarlo, Beatriz. (1997). *La máquina cultural*, Buenos Aires, Planeta.

Sarlo, Beatriz; Altamirano, Carlos (1990). *Conceptos de sociología literaria*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Sigal, Silvia (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Madrid, Siglo XXI.

Svampa, Maristella (1994). *El dilema argentino: Civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, Colección “La cultura argentina”.

Viñas, David (1971). *Literatura argentina y realidad política: de Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires, Siglo XX, 2ª ed.

Viñas, David [et al.] (1981). *Contorno*, Selección, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Wortman, Ana (2002). Vaivenes del campo intelectual político cultural en la Argentina. En Mato, Daniel (coord.), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*, Caracas, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela.

Wortman, Ana. El desafío de las políticas culturales en la Argentina. En Mato, Daniel. *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*, Caracas: CLACSO.

Yúdice, George. “Las industrias culturales: más allá de la lógica puramente económica, el aporte social” [en línea]. Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura. *Pensar Iberoamérica: Revista de cultura*, 1, 2002. ISSN 1683-3783.

Artículo recibido: 22/7/2010

Aceptado para su publicación: 02/08/2010